Levante EMV - 22 de Marzo de 2006

Agua y cultura.

Enrique Cabrera - Universidad Politécnica de Valencia

Enrique Cabrera: Agua y cultura - Levante EMV

Hoy, como cada 22 de marzo, se celebra el día mundial del agua. Y de acuerdo con la resolución de creación que adoptó Naciones Unidas allá por 1993, debe presidirlo un lema que subraye la necesidad de conservar el recurso. Este año es Agua y cultura. Se nos invita, así consta en la convocatoria, a reflexionar sobre las múltiples ópticas con que las distintas civilizaciones han visto y ven el más preciado recurso natural. Sagrado en algunas culturas (el río Ganges lo es para 350 millones de hindúes), fuente de creencias en otras (según la Biblia, el diluvio universal con sus cuarenta días de lluvia fue el castigo de la divinidad al hombre por sus desafueros) y hasta motivo de inspiración (el nacimiento de Venus de Botticelli), la humanidad jamás ignoró su importancia.

Porque siendo el agua necesaria para vivir, desde siempre el ingenio del hombre ha mostrado su mayor esplendor en la mejora de su aprovechamiento. Sobre todo a orillas del Mediterráneo, en la cuna de la civilización, allá donde el clima más necesario lo ha hecho. Y así Herodoto de Halicarnaso cuenta que hace más de cinco mil años la ciudad de Tiro almacenaba agua de lluvia para su uso posterior. Un proceder, el water harvesting, que con el desarrollo ha emigrado al norte de Europa, donde, porque aumenta la sostenibilidad, cada vez es más frecuente. Y, como otros muchos, mediterráneos también fueron Arquímedes y Frontinus. Dos milenios después, vigentes están el tornillo que para elevar agua concibió el primero y el tratado que para operar el suministro de agua a Roma escribió el segundo. Y a orillas del Mare Nostrum nacieron quienes fundaron el milenario Tribunal de las Aguas de Valencia y quienes hace más de cien años empuñando pico y pala, arriesgaron sus vidas para alumbrar las primeras aguas subterráneas en el mundo. El himno de Villarreal, mi pueblo, lo recuerda. Foradant les dures penyes/ fent eixir al sol les aigües/ convertint en horta hermosa/ el secà dels nostres pares.

Pero en las últimas décadas la milenaria cultura del agua, ebria de desarrollismo, no ha encontrado su punto justo. El imponente avance tecnológico del siglo XX lo ha propiciado. Caso palmario es, no hay duda, el río Nilo. Lo cuenta magistralmente Kerissel en su obra El Nilo. La esperanza y la cólera. De la sabiduría a la desmesura. A los nilómetros que Egipto construyó en la isla Elefantina para evaluar las crecidas del río y fijar los impuestos de las futuras cosechas, les ha seguido la presa de Aswan, eufemísticamente vendida por Nasser, allá por 1970, como la «barrera contra el hambre en Egipto». Sus terribles efectos secundarios justifican el título de Kerissel y explican por qué pocos años después (1987) de la mano de Naciones Unidas irrumpe con fuerza el concepto de desarrollo sostenible que nuestros abuelos, ninguna falta les hacía, ignoraron.

Sin duda los mediterráneos nos hemos pasado de frenada. La milenaria cultura del agua tiene demasiada inercia para responder cual conviene a los vertiginosos cambios de las últimas décadas. Y así aún hoy nos presiden centenarios derechos históricos (que deberían adecuarse a la realidad actual), precios subsidiados (que impiden el uso eficiente), una administración constructora (cuando hoy importa más la gestión) y lo que es peor, confusas reglas de juego incapaces de ordenar la competencia entre las prioridades de hoy y las de ayer. Todo bien reflejado en el déficit de gobernanza que nos preside. Al contrario, la Europa del norte, con menos inercia y más cintura (su

cultura apenas tiene pedigrí), está encontrando mejores respuestas a los retos del futuro.

A España le pesa su historia y el status quo que, intereses creados incluidos, el tiempo ha ido estableciendo. Y como la mayoría ve bien seguir el compás de la tradición (subsidiar nuevas obras que habiliten más agua), el político no encuentra razones para resistir el encanto de la política de siempre. Sobre todo porque, al permitir una legislatura ejecutar las obras prometidas, propicia el lucimiento en el corto plazo. Pero como en las regiones de mayor estrés hídrico el equilibrio es frágil, las tensiones afloran a la menor perturbación. Bien la sequía que nos preside, bien Bruselas. Porque los vientos que desde allí soplan anuncian el final del subsidio del agua. Así consta en la directiva marco y así lo impondrá el final de los fondos europeos que tantas obras hidráulicas han financiado.

Urge, pues, educar al ciudadano. Hay que decirle que desde el pasado no conviene mirar el futuro. Y además explicarle lo que más le importa, lo que afecta a su bolsillo. Porque si bien el agua es un maná que viene del cielo, su correcto manejo comporta costes que el usuario debe asumir. Con todo, la educación debe comenzar en el político local a quien su fobia a modificar las tarifas del agua no le impide aprobar, cuando privatiza la gestión del servicio, un impuesto de legalidad dudosa. Hablo de los millonarios cánones que la industria del agua paga a los ayuntamientos cuando se les concede el suministro. Quienes así actúan posiblemente ignoran que están haciendo una política de agua para hoy y sed para mañana.

La miopía del político municipal se evidencia aún más al constatar que en España el gasto de agua embotellada (con un crecimiento anual del 12% es el sector alimentario más boyante) supera el valor del recibo del agua. Porque, a 300 euros el metro cúbico, los 110 litros de agua mineral que al año consume en media un español suponen 1.450 millones de euros. Sin embargo un consumo de 150 litros por habitante y día, a un costo medio seiscientas veces menor (0,5 euros el metro cúbico) importan 1.200 millones. Y la distancia va a crecer de manera imparable. Conviene además recordar que el recibo del agua potable sólo representa el 0,2 % de la renta per cápita (otro tanto entre drenaje y depuración). Así pues, seguir con la inercia del pasado en un contexto tan cambiante como el de hoy acabará convirtiendo el agua embotellada en bien necesario. Demasiado riesgo como para que quien corresponda ignore la imperiosa necesidad de educar al ciudadano y a quien le representa, primera y obligada estación del viaje hacia la sostenibilidad.